

LA CAZA DEL JABALÍ EN GUIPÚZCOA



Justo es que comencemos dando algunas noticias del propiamente llamado cerdo de monte que nuestros caseros llaman *bas-urdeá*, figurando en las clasificaciones entre los paquidermos ordinarios, y hoy en el orden de los *Artidáctilos*. El jabalí (*sus-gerofa*) tiene cuatro pezuñas en cada extremidad, robustas las del medio y cortas y pequeñas las laterales; tiene seis dientes incisivos en la mandíbula superior, con grandes colmillos, muy fuertes, prismáticos, muy desarrollados y encorvados hácia atrás, constituyendo sus armas de defensa.

Es notable la mandíbula superior que termina por *la jeta*, á propósito para hozar la tierra, y que es una prolongación cilíndrica formada por tejido fibroso muy denso y sostenida por un hueso particular.

El jabalí es muy estimado por sus carnes, y su cabeza, bien confeccionada en manos de un hábil repostero, resulta un plato muy sabroso.

Es animal instintivo, con sus orejas rectas, piel dura y con cerdas rígidas. Es semi-nocturno, habita en los bosques espesos y sale de noche de sus madrigueras en busca de alimento.

En muchas ocasiones hemos oído quejarse á nuestros caseros de los destrozos que continuamente causa en los maizales próximos á los bosques, motivados también por los ensayos que hace el animal para procurarse las raíces de los vegetales que le acomodan.

Frecuentemente se organizan batidas en esta provincia en los montes de Oyarzun, Oñate y Ataun; y en Nabarra, Extremadura y otros puntos de España constituye hoy su caza un verdadero *sport*.

No hace muchos años que muy cerca de esta ciudad solía darse batida anual á los jabalíes, en los montes de *Irisarri* ó *Irisasi*, donde casi siempre había alguno como punto muy adecuado á sus fines y á su

vida, que la abundante bellota y escondidos jarales, la proximidad de hallarse á su pie el maíz y cultivos pertenecientes á toda la ribera comprendida desde San Esteban, Aguinaga y Orio, donde con toda comodidad disponía de un buen elemento, la tranquilidad del bosque y las salidas tan variadas para huir en caso de peligro, resultaban una de las mejores guaridas del cerdo salvaje.

Hoy, desde los trabajos del nuevo ferro-carril de la costa y los del monte *Irisarri*, ya no vienen á ese sitio donde pudieran ser sorprendidos y molestados.

Generalmente los domingos en las sidrerías de la jurisdicción se daban los primeros avisos con las noticias que se adquirían de haberse encontrado el rastro del jabalí, y lamentando los destrozos ocasionados en las heredades próximas, y como consecuencia de las conversaciones y conferencias se establecían las bases, para el día que se designara, contando antes con un tiempo adecuado y con el aviso cierto y fidedigno de las últimas huellas dejadas por el animal, y observadas por los caseros de las inmediaciones y de los pastores á quienes se les prevenía de antemano para que comunicasen las últimas noticias y probable paradero del objeto de la cacería.

Es importantísimo para el mejor éxito de la cacería saber el sitio donde ha sido visto y se supone que debe hallarse el *bas-urdeá*, porque de ese dato depende establecer los puntos de parada para cortar é interceptar todas las salidas del animal. Un aviso dado la víspera del día designado, es respondido á la madrugada del mismo, en que los cazadores acuden al punto citado. En esta relación nos referimos al monte de *Irisarri*, como el lugar de acción, por tratarse de sitio bien conocido. Los cazadores de Usúrbil, San Esteban, Aguinaga, Zubieta y algunos donostiarras aficionados solían ser los héroes de la jornada, reuniéndose á veces hasta una docena de escopetas, siempre necesarias.

Suponiéndose por las noticias y datos de reciente investigación que el jabalí se encontraba en las últimas ramificaciones del bosque, en la parte que da frente á los antiguos astilleros de Aguinaga, los cazadores solían distribuirse de la manera siguiente: una pareja se hallaba de parada entre la parte intermedia del caserío *Puela* y superior del monte de Andatza, con objeto de dominar la ladera á que converge una regata próxima al barrio de San Esteban, dominando por tanto el lugar de las emboscadas y cuidando á su vez de que el animal en su huída pasase á los montes de Zubieta perdiéndose en aquella espesura; otros

dos hábiles cazadores tenían especial cuidado de cortar la retirada, siempre frecuente, por la venta de Zárate y Aya, y por último, los demás compañeros iban colocándose indistinta pero escalonadamente, estrechando su círculo por los caminos que conducían al punto de las sospechas.

El papel de los cazadores que están de parada comienza por ser pasivo y aún á veces resulta hasta pesado, siendo causa de que si dura mucho la situación resulte muy aburrido este *sport* como primer ensayo, porque á esto deben añadirse las órdenes terminantes que circulan para que se preste la mayor atención y vigilancia, con el silencio á que comunmente debe sujetarse quien ejerce con tanta soberanía y en tan apartados sitios el papel de espionaje.

Los portadores de los perros son los que llevan el verdadero trabajo en la faena; hombres en acción continua que al ir buscar al *basurdeá*, con objeto de sacarlo de su guarida, remueven las matas, golpean los zarzales, ejercitándose en sus movimientos y algazara como si quisieran abarcarlo todo, y excitando á los perros para que con sus aullidos contribuyan á aumentar el bullicio, á fin de lanzar de su guarida al objeto de su persecución.

En varias ocasiones, y en esta batalla de palo de ciego, suele surgir de improviso la pieza acorralada, no dando tiempo aun á los más prevenidos para disparar sus escopetas, pues la espesura del ramaje contribuye á aumentar la dificultad de ser visto, por lo que, sin pérdida de tiempo, dan aviso á sus compañeros de haber levantado el jabalí, bien con el cuerno ó bocina, ya con gritos que retumban en aquellas soledades, con la frase ritual, de... *or-dezuté*.

En este segundo tiempo se truecan los papeles, y por tanto, para los cazadores de parada la situación de *espera y desespera*, va haciéndose difícil, porque puede traducirse en responsabilidad, si dejaran pasar la presa que caminaba por el sendero de su vigilancia. En verdad, que los momentos son bien interesantes para el que, permaneciendo oculto, oye el clamoreo y gritos de los demás compañeros, que alternados por los toques de bocina, le anuncian el combate tan personal á que debe sujetarse con el jabalí perseguido cuando cruce su puesto, esperando y confiando todos en el disparo certero y bien dirigido al que en veloz carrera va seguido por la jauría. En esa confusión de ideas que seguramente bullen por su cabeza, oye el cazador, uno, dos y hasta tres, disparos que sirven para aumentar más su especial si-

tuación, con la nueva duda de si el animal ha pagado sus culpas, por los tiros percibidos, ó si por el contrario huye herido á salto de mata en la dirección donde él se encuentra, y... por fin, un sonido continuo y repetido de bocina, es señal de alegría, que indica un feliz éxito en la cacería. Al lugar donde yace el *bas-urdea*, acuden los compañeros desde los diversos puntos y es digno de reproducirse por una cámara fotográfica, el cuadro que se contempla en aquella agradable reunión, en que todos comentan sus peripecias oyendo con profunda atención los incidentes de la caza, así como la relación del afortunado que le mató, mientras otro con su cuchilla de monte hace una incisión seguida de ancha herida en el cuello de la víctima para desangrarla. Los perros, la mayoría fatigados, cuando no alguno herido por los colmillos del jabalí, indican en sus actitudes y gestos que ellos también pueden enseñorarse como los principales personajes de la fiesta.

Después de ese pequeño parlamento se dispone el regreso de la partida, se atan las cuatro patas del jabalí y colgado de una rama gruesa atrevesada, es llevando por dos individuos que alternan en el viaje con todos los compañeros para probar sobre sus hombros la pesada carga, que por cierto, (y dicho sea de paso) es durante el trayecto motivo de apuestas por esa afición desmedida de nuestros caseros de fijar unidades á ojo de buen cubero, y si son seis arrobas y siete libras ó si pesa seis arrobas y siete libras y media, (que con seguridad no es ni lo uno ni lo otro) se originan discusiones cuya terminacion es un punto de prueba.

La piel del jabalí corresponde en práctica usual al que lo mató, siendo objeto de sorteo cuando fueron dos los que le hirieron de muerte, y el epílogo de esta cacería suele ser una gran comida, en la que, después de saborear las carnes de la víctima, se despiden los comensales con la frase de *beste bat arte*.

RAMÓN SORALUCE.

